

lo cual se infiere, que no siendo lícito mezclar lo profano con lo sagrado, ni herir con ficciones inverosímiles al estado eclesiástico, por la improporcion de la figura, que se toma, contraria á la conducta de los SS. PP. y de la Majestad de Cristo, y aún denigrativa y escandalosa, sin que responda á ella contra otra razon, que con el conjuro del carnero: debe ser este libro examinado con mayor cuidado y reflexion; pues no sirve de apoyo la conducta de Cervantes, como hemos visto, ni la del obispo de Nismes, que hemos tocado; y proseguiremos en el reparo último.

De todas estas reflexiones se infiere claramente el total desafecto, por no decir ódio formal, que tienes contra los regulares; pues, á no conocerte como te conozco, diria, que eres de cierta congregacion, cuyos individuos dicen: *No nos conviene, que sean obispos los frailes, porque no los podemos manejar como á los clérigos*: Ni te pueden servir de disculpa las protextas que haces, de que nadie aprecia, ni venera más á las religiones, que tú; pues de esto te pueden argüir con la ley 35 referida de *Reb. dup.* dándote en cara con el texto: *Qui aliud dicit, quod non vult.*

Haces muy bien confesar, que no puedes manejar á los frailes, como á los clérigos, porque nunca hallarias, quien bajo de su nombre y apellido, sacase tu historia, como sale con el nombre y apellido de don Francisco Lobon. ¡Ah! si yo fuese obispo, que presto le haria que pagase sus costas con las ganancias de tu historia; y así te obligaria, á que respondieses por él á estas instancias: pues la indecencia con que tratas á la Sagrada Escritura, trayéndola

para apoyo de tus disparatadas ficciones, y mezclándola con impurezas abominables de tanta profanidad, como vistes tu pluma; no puede escusarse de blasfemia. La presuncion, con que imaginas lograr, por medio de tu historia, el fruto que no consiguieron los santos, ni la Majestad de Cristo con toda su doctrina y eficacia, es arrojio de la mayor soberbia; y el presumir conseguirlo por un medio tan opuesto á la razon como á la caridad del prójimo, y á todas las virtudes cristianas, finjiendo cosas imposibles, para herir á las religiones, es abominable despecho, y escandaloso arresto de la osadía ó locura. Esto dirá quien examinare bien tu libro, advirtiendote que esta presuncion, en cuanto hiera á los SS. PP. y á la Magestad de Cristo, es más propia de Calvino, que de *Fr. Gerundio*; y en cuanto vulnera á las Religiones, opuesta á la caridad del prójimo y á la veneracion de su Estado. Pero ¿qué dirá, quien sepa que diste á luz este libro en el principio de la Cuaresma, impidiendo á los Frailes las lágrimas con la risa, y privándolos de leer otros libros espirituales, mejores que tus chistes? Yo me inculco en esto; porque no presumo mal de tí: solo discurro que esperabas por instantes alguna infausta noticia contra tu Congregacion y Cofradía; y temiendo que causase escándalo, quisiste prevenirlo con tu historia, á fin de que, preocupadas las gentes con los chistes y disparates de *Fr. Gerundio*, no atendiesen á otros asuntos, ni acudiesen á las estafetas del otro mundo. Pero este arbitrio no puede salirte bien, metiéndote con Frailes, que saben despreciar este mundo por el otro, debiendo saber que donde las dán, las toman.

REPARO II.

Si el valerse de la figura de Fray Gerundio, para remediar el abuso de los Predicadores, es sátira conocida.

ASTUTO y agudo, como él mismo previno este argumento, el autor de esta *Historia Gerundiana*, por que no le calumniasen de satírico, y así responde: « Que él no puso á Don Fulano un señor Predicador, « un Padre ó un Clérigo, y puso á *Fray Gerundio*; « porque es mayor el número de Predicadores Frailes. » Esta respuesta, amigo *Gerundiano*, es para los discretos tan insuficiente, que todos dirán *es razon de pié de banco*, que solo puede parar entre zoquetes; pues con oír la figura de un Predicador sin poner Clérigo, ni Fraile, bonete, ni alforja, Don ni Señoría; bastaba para tu asunto, y comprendías á todos, que hacen mayor número que los Frailes. Luego el particularizarte en la figura de *Fray Gerundio*, sin ser necesario para tu idea, es manifiesta injuria, que haces á los religiosos y religiones todas. Pero dejando esta reflexion á la crítica de los discretos, pasemos á examinar si es cierto lo que afirmas; á saber, si es mayor el número de los Predicadores Frailes, que el de no Frailes; y así digo: Que en el número de Frailes, no hemos de contar los de la religion de San Antonio Abad, ni los Basilius, ni los Benitos blancos de Aragon y Cataluña; pues todos estos tienen *Don*, tampoco hemos de incluir en dicho número á los Canónigos regulares de San Agustin, Premostratenses, etc., ni á los Frailes de las religiones

de San Juan, Santiago, Calatrava y Alcántara, que tambien predicán y tienen sus colegios, para aprender á predicar con *Don*. *Item*, debemos excluir del número de Frailes, á los Servitas, á los PP. Theatinos de San Cayetano, á los Clérigos menores, á los Escolapios, á los PP. Agonizantes, á los PP. Jesuitas de la Compañía de Jesús, que, aunque hacen votos como las demás religiones, no se llaman *Frailes*; porque sus celdas se llaman *aposentos*. Igualmente débese excluir á los PP. del Oratorio de San Felipe de Neri, á los bethleemitas: y despues de haber hecho un cómputo prudente, has de juntar á los sobredichos *Dones*, roquetes y bonetes, las Congregaciones de Eclesiásticos, como las del Salvador, las Comunidades ó Cabildos de racioneros, los colegiales mayores, que hay muchos que predicán. *Item*, los Capellanes de muchos señores; y finalmente un número, sin número de señores Curas, tenientes en todas las parroquias de los obispados: y hecho bien este cómputo, hallarás, que exceden los referidos en más de dos partes y media á los que tú llamas *Frailes*. Luego en esta cuenta, que es palpable, y tan clara que te puede coger un niño, faltas á la realidad, haciendo un supuesto falso para lograr tu idea; ¿cómo quieres que te crea, y que no atribuyan á calumnia y sátira todo el contexto de la *Historia Gerundiana*? Si yo hubiera de referir los casos de los tenientes de Curas, y las pláticas que hacen á los enfermos al tiempo de administrar los Sacramentos de nuestra Santa Madre Iglesia, harian reír á la misma risa: pero no permita Dios, que yo la mezcle con las cosas serias y sagradas. Ignoras que este libro habrá llegado, ó

llegará muy presto á Inglaterra, Holanda y demás vecinos? ¡Oh! ¡Señor, con cuánto regocijo celebrarán los enemigos de nuestra santa fé, los cuentecillos y chistes, despropósitos y enredos de los Predicadores españoles, formados de la figura de *Fr. Gerundio!* Sin duda, que para el Rey de Prusia y sus aliados, interin que están retirados á cuartel, será la diversion más apetecible! ¡Oh, qué noble incentivo para que abrace nuestra Religion santa! ¡Oh, qué aumento logrará la fé romana! ¡Oh, qué crédito nuestra nacion española! ¿Quién duda que de un libro tan precioso se pueda esperar la conversion de los infieles, la abjuracion y retractacion de los herejes? Dios nuestro Señor permita no suceda lo contrario. ¿A quién no convencerá el fingir que los Prelados Regulares dan licencia de confesar y predicar á los súbditos nécios, solo por respetos humanos, fiándolos la administracion y dispensacion de la divina palabra y de los Sacramentos de la Iglesia, como si fuese cosa de poco momento? ¿Qué argumento será éste tan eficaz, para que se aficionen á frecuentar los Sacramentos, los que actualmente los niegan? ¿Qué reconvenccion tan fuerte para que veneren á la cabeza visible de la Iglesia, los que tienen al Sumo Pontífice por Ante-Cristo, viendo que los Prelados Regulares, que pueden subir á Papas, hacen tan poco aprecio de lo sagrado? ¿Qué edificacion no causará este libro *Gerundiano*, viendo en él el abuso de la Sagrada Escritura, para servir á la indecencia? ¿Qué modestia no infundirá aquella pulla ó chiste? *¿No puede haber maternidad sin regla? Lib. 1, cap. 5, núm 8.* ¿Qué fruto no producirán aquellas

chazonetas, que pone en el lib. 1, cap. 5, núm. 8, en el cap. 6, núm. 3? Las omite mi pluma, por no manchar la negra tinta con más negras indecencias.

Si quieres corregir los defectos de los oradores, arguye contra sus defectos. Fingir delitos, que nunca se han cometido, ni es posible que cometa el hombre más disparatado, para recargar al inocente, ¿en qué tribunal le has visto? ¡Qué bellas cosas se me ofrecian aquí! pero chiton, que consulta á la modestia. No seria, amigo mio, mejor satirizar á los herejes con las reglas permitidas, viendo que las católicas armas de la Reina de Hungría y del cristianísimo Rey de Francia, se hallan empleadas en la defensa de nuestra Religion, para que unos con la pluma, y otros con la espada, debilitásemos las fuerzas del enemigo? ¿No seria mejor que remitieses á la Reina de Hungría, que tiene falta de dinero, los cuartos que has gastado en la imprenta, para que mantenga uno ó dos soldados en la próxima campaña? ¿Si nuestro reino está en paz, por qué razon, sin S..... quieres hacernos tan injusta guerra?

Concédote que nuestros Predicadores cometan mil defectos por falta de oratoria, y por sobra de ignorancia; pero ¿quién te ha dicho, que este es suficiente motivo, para que tú lo refieras á los particulares, aunque fuesen ciertos, y no fingidos como los que tú propones, teniendo á la vista tantos enemigos? Ya me precisa aquí mi pluma se acalore, y á que te enseñe la ley de Dios en este punto. Oyeme atento.

Muere Saul, y muere desesperado, pidiendo él mismo su muerte. Oye David la desgracia y al instante expidió su real decreto, en que mandó que

ninguno de sus vasallos participase á sus enemigos la desgracia, ni la propagase en tierra de ellos; porque no tomasen más vigor y fuerza los contrarios, al oír un caso tan lastimoso. *Nolite anuntiare in Geth, neque anuntietis in compitis Ascalonis, ne fortè lætentur filix Philistiim, ne exultent filix in circumcisorum.* Reg. l. 2, c. 1, vers. 20. No sepan, dice el texto, no se rían de nosotros los infieles incircuncisos filisteos, y sus hijas, que son de distinta religion; pues riéndose de la nuestra, llegará la suya á cobrar más fuerza y osadía. Este es, amigo mio, el caso en que nos hallamos; ¿y sería bien que se consultasen los defectos de nuestros Predicadores á nuestros enemigos los herejes? A esto responderás, que ya lo saben, y lo bien que se ríen, es verdad; pero ya se reirán mucho más con lo que tú les escribes. Bien sabian los filisteos que habia muerto Saul, y que el ejército iba fugitivo; y no obstante esto manda que callen, porque, aunque la muerte de Saul era pública, la circunstancia de morir desesperado, y como Saul era Sacerdote, ó Cristo del Señor, no quiso David que se escandalizasen los contrarios al oír esto. Así entiende y comienza el texto Hugo Cardinal, para que aprendamos todos á sepultar los delitos de los Sacerdotes, aunque sean ciertos: y ¿qué será siendo fingidos?

REPARO III.

Si este libro Historia de F. Gerundio vulnera la autoridad de nuestro Rey Católico, y la de los Eclesiásticos superiores, induciendo el Tribunal de la Fé.

CUANDO llegué á este estrecho y apuro inevitable, en que me puso este libro, llegué á conocer la fragilidad de la humana condicion, que apenas toma con empeño y viveza algun asunto, sin que el calor del argumento encienda los espíritus, y destemple tanto cuanto los afectos. Así le sucedió á San Agustin; tomó con cristiano empeño las herejías de los paganos maniqueos, etc.; fué tanto el peso de su doctrina á la contraria sentencia, que pareció á muchos haber declinado notablemente á la parte contraria, en que igualmente hacia su peligro; pero que solo la Magestad de Cristo, en quien el destemple de Adan no pudo tener influjo, pudo tener tan en equilibrio sus afectos y pasiones, que no declinasen un punto á un lado más que á otro. Pero nosotros, que estamos sujetos á perder la rectitud de nuestras operaciones, cada instante vivimos expuestos á perderla. Doy que seas un San Agustin en lo sabio, y en lo santo; con todo eso no podrás impedir el que muchos ignorantes como yo hayan creído te dejaste llevar tanto del celo de remediar los desórdenes en el púlpito, que no reparases en el forzoso escollo de oponerte á la autoridad, y jurisdiccion superior de lo eclesiástico y secular; pues, al ver nuestros enemigos este defecto de los oradores españoles, y que no se toma contra

ellos otra alguna providencia , sino la de esta sátira para reir, dirán: ¿Dónde está el celo de los Prelados regulares, que los permiten, sin privarlos del oficio? ¿Dónde el católico esfuerzo del Monarca, que pudiendo desterrar de su reino esta abominacion, no lo ejecuta? ¿Dónde el de los Obispos? ¿Dónde el del Tribunal de la Fé, que no fulmina rayos? ¿Es posible que en los Prelados regulares, tanto más mirados y circunspectos, cuanto más religiosos, hayan de permitir á sus súbditos, que denigren el honor y fama de su Religion, con las torpezas que pone este libro, aunque fingidas? ¿Es posible que se halle en España, tan abominable la predicacion ó el abuso de los Predicadores, que no hayan tenido armas de luz los Prelados, los Seculares, Obispos y Arzobispos, para remediar este daño, dando lugar á que se impongan tan falsos testimonios á las religiones, como los que supone esta satírica *Historia de Fray Gerundio*, y que se den por satisfechos con solo este escandaloso arbitrio?

Digo más, ¿es posible que el Tribunal de la Fé, cuyo celo ardiente y religioso, está observando con suma vigilancia, cualquier exceso ó defecto en lo sagrado, fulminando censuras contra los despiques ó satisfacciones en los pulpitos, no haya podido remediar este delirio en los Predicadores, dando lugar, á que unos sugetos tan condecorados como los aprobantes, y tan celosos como el autor de la *Historia*, pongan en público una sátira tan denigrativa á las religiones, para hacerlas odiosas, atropellando las bulas pontificias? Si son verdaderos, como no lo remedian, y castigan á los delincuentes? ¿Tan incorregi-

bles son los españoles, por ventura, principalmente los regulares, que se hayan resistido á los mandatos del Santo Tribunal, para que los deje, y abandone por incorregibles? No por cierto. Luego, si la *Historia de Fray Gerundio* es verdadera, ¿en qué se detiene el Tribunal de la Santa Fé?

Pasemos adelante; ¿qué dirán los vecinos del celo de nuestro Rey católico, que dá lugar á que en sus sátiras ofensivas, corran por toda España, y fuera de ella, los despropósitos de los Predicadores religiosos, como en esta *Historia* se suponen, y se fingen, sin valersé S. M. de tantos y tan poderosos medios, como tiene, para poder lícitamente, como patrono que es de todas las religiones, y defensor de la fé, cortar este abuso, si lo hay, y en caso de no haberlo, prohibir un libro tan injurioso á su Soberanía? ¿Temen acaso los Reyes de España á los regulares? No por cierto. Acaso todos los Frailes, ó algunos de ellos han desobedecido á las órdenes reales? ¿Acaso en España han hecho los Frailes algun desacato contra la Real Magestad? ¿Acaso le han sido infieles, ó han tumultuado los pueblos contra su Rey y Señor? ¿Acaso se ha escrito de ellos alguna relacion, de que intentaron, en algun tiempo, establecer alguna república en España, Europa ó en la América, para levantarse contra la Corona, en los dominios de España? Pues sino hay tal medio, y recelo ó sospecha de los Frailes españoles, ¿en qué se detiene el Rey de España, que no pone remedio? Vamos claros, amigo *Gerundiano*, que bien se conoce has querido ofender á las Religiones; pero has pasado más allá, ofendiendo al Soberano, al Tribunal de la Iglesia y

de la Fé. Si notaste algun defecto en los Frailes, ¿por qué no los delatas á quien debes? y sino lo notaste, ¿por qué con tanto escándalo lo finges? ¿No sabes que hay una *Ley Cornelia*, con graves penas para los que fabrican falsedades? Teme, pues, que te pueden dar con ella en los bigotes, si se enojan.

REPARO IV.

Si el haber algunos malos sermones en España, consiste solo en los predicadores.

ESTE último reparo nace de una cuestion, que con toda cautela y disimulo, toca el Padre Marquina en la referida *Cátedra de Retórica*, tom. I, cap 5; diciendo, no acaba de averiguar si la causa de predicarse tan malos sermones, es falta de oratoria, ó si de ciencia en los Predicadores, ó la sobra de ignorancia en los oyentes. Esta cuestion, que mueve al Padre Marquina, es el fundamento en que estriba el reparo aquí puesto. Pues decimos, que tienen mucha culpa los oyentes. No será razon echarla toda á los Predicadores; solo la principal causa de esta lástima, la conoció la Magestad de nuestro Rey D. Felipe V, (que Dios guarde); pues mandó venir á España los mejores sermones de Francia, para que sirviesen de norma á nuestros oradores. Pero pregunto, ¿quién gustaba de oír semejantes sermones, sino algun hombre docto, discreto y timorato? Yo fui testigo de quien, valiéndose de este método, lo observó con toda puntualidad; pero tambien observé que no era oído con la aceptacion que merecia, y que gustaban

los oyentes de los sermones, que no entendian más que de los sermones que tanto iluminaban. Muchos ignorantes decian que eran sermones secos; porque tenian pocos latines: otros decian, que aquello era hablar, pues no citaba muchos SS. PP., glosas y textos: otros finalmente, que no les costaba mucho trabajo; pues no decia: *vaya otro realce*, como suelen decir otros Predicadores famosos, que son muy celebrados.

Si supiesen los oyentes, que los sermones de muchos latines, son peores que los que inútilmente gastan el tiempo en repetirlos, sin decir ni probar cosa alguna, ya los Predicadores sabios tendrian algun consuelo, si admitiesen que el citar autoridades y glosas, cuando la razon natural, y la Sagrada Escritura no los necesitan, ya podríamos echar la culpa toda á los Predicadores, si advirtiesen que es de necios, ignorantes, el decir, *vaya otro realce*; y más, sin sacar otra cosa ni proposicion ó confirmacion, sino con otro texto sinónimo, yo disculparia á los oyentes. Pero si nada de esto saben, y solo aplauden, porque no lo entienden, ¿por qué hemos de culpar solo á los oradores, y no á la necedad de los que oyen?

Vaya este cuento. Llegaron el alcalde y mayordomos de cierta villa á un convento de Frailes de San Francisco, á encargar un sermón; pero con la condicion de que le habia de predicar el Padre Fray N. El Padre Guardian, que conocia no poder desempeñar el encargo Fray N. dijo: «Este Padre no puede ir; yo procuraré enviar á Vds. un buen orador. Eso no (*di-jeron ellos*); ó ha de predicar este Padre que pedimos ó ninguno de esta casa; y cuidado, que sino

« nos concede V. este favor, no tiene que enviar
 « Fraile alguno á esta villa, á pedir limosna; porque
 « se vendrán sin ella.» Viéndose el Prelado amagado
 de esta censura, y excomunion, que le apartaba de
 los bienes temporales y del doblon de á ocho, que le
 valia el sermon, se vió precisado á condescender con
 la súplica. Dióles el sí; pero luego les preguntó, ¿por
 qué motivo habian elegido al Padre Fray N. habiendo
 en casa otros más hábiles? A lo cual respondieron:
 « En que nos ha dicho un Lego de este Convento,
 « que el Padre Fray N. es el mejor Predicador de to-
 « dos, porque predica en cadencia; y con efecto sa-
 « bemos, que el año pasado predicó en Villaverde, y
 « dejó nombre para siempre; pues nadie sino él citó
 « al Tio del Santísimo Sacramento, cosa que jamás ha-
 « bian oído los nacidos, ni aun el señor Cura; sobre
 « la cual tuvieron los dos una gran pelotera, porque
 « el señor Cura, que no es rana, negaba todo lo que
 « decia el Padre; y el Padre sacó un libro de molde,
 « en que convenció al señor Cura. Llamaron al escri-
 « bano y al maestro de niños, y hallaron que era
 « cierto lo que dijo P. N. á excepcion de una letra,
 « que debia ser R, y era T. Ya tengo noticia de ese
 « lance (*dijo el Padre Guardian*), y fué que el Padre
 « Fray N. dijo, que habia predicado la fiesta del San-
 « tísimo Sacramento, escrita por Fray *Lorenzo Surio*:
 « pero, como en lugar de la R, estaba una T, dijo
 « escrita por Fray *Lorenzo Sutio*. Es verdad, Pa-
 « dre N. así fué, de modo que el señor Cura lo ne-
 « gaba todo, y el Padre Fray N. salió con la suya, sin
 « faltar más que una letra, y esta por yerro de im-
 « prenta.»

Siendo pues tan crasa la ignorancia de los que for-
 man los auditorios, ¿por qué razon se ha de culpar
 á los predicadores, y no se ha de reprender la gro-
 sería de los oyentes, que elijen á los peores, y des-
 precian á los mejores? Este es idiotismo; y no solo
 está radicado en las aldeas y chozas, no solo en los
 pueblos rústicos mal limados, sino en las grandes
 villas, en ciudades y en las más lucidas córtes. Tam-
 bien se sienta en una alfombra como en una estera:
 tambien, tan mal quiero decir, se cubre con una pe-
 luca blonda, se adorna con camisola, vueltas y bas-
 ton, como con una montera, un gavanato y cayado,
 rodando en coches, como la mala fortuna por las
 calles, plazas y oficinas. ¿Cuántas personas hay, que
 solo gustan de los sermones en que solo suenan pa-
 labras huecas, que nada significan? ¿Cuántos, que
 solo aprueban los que llevan por epígrafe el título de
 una comedia? ¿Cuántos los que llaman *cadencia* al
 más bárbaro romance de ciego, compuesto de piés
 de coplas, que es la mayor monstruosidad de la ora-
 toria? ¿No estamos viendo sermones impresos, que
 comienzan: «La dama de San Elías mirándose al to-
 « cador con el más precioso adorno; la Santa de los
 « Consejos, el Consejo de las santas, que, en sentir
 « de Tertuliano, etc.?» ¿No estamos viendo, que los
 aprobantes tributan elogios dignos de la mayor elo-
 cuencia á esta monstruosa é intolerable algaravía?
 Pues si esto hacen los aprobantes, ¿qué quieres que
 hagan los demás oyentes? Habiendo un orador predi-
 cado en una villa el sermon de 40 horas, trasladado
 del padre Vieira, dijo uno de los mayordomos: «No
 « tiene el padre predicador mucha trastienda; pues

« ni él ha citado la teología, ni las escuelas, ni ha dicho cosa alguna de los mayordomos; y sobre todo ha predicado un sermón tan bajo, que cualquiera niño lo puede entender. » Con este grado fueron á comer; y el religioso predicador se aplicó al plato del cordero asado, de modo que el mayordomo censor, dijo á otros: « Si como el padre sabe comer cordero, supiera predicar, no hubiera mejor predicador en el mundo. *El otro respondió.* « No lo extrañes, porque ha predicado hoy, y tiene que predicar mañana, y no ignoras, que aún las caballerías necesitan comer más cuando trabajan, que cuando huelgan. *A esto respondió el mayordomo:* pues de esa suerte, si el padre tiene que predicar mañana, echarle tres piensos esta noche. » ¿Cómo quedaría el padre de la compañía, al oír esta brutalidad? ¿Culparía acaso á los predicadores? Pues si estamos viendo todos los días en esta corte de Madrid, que cuando predica un *Fray Gerundio* ó *Fray Blas*, no cabe la gente en la iglesia, los coches en las plazuelas, ni las sillas en los átrios y pórticos de los templos: y cuando predica un *Oliva*, un *Nauni*, un *Lanuza*, todos huyen y blasfeman. ¿Quién tendrá la culpa? Si estamos viendo, que aquellos *Fr. Gerundios* son convidados, rogados ó admitidos á predicar en las funciones más clásicas, en los auditorios más respetuosos, como son la villa de Madrid, y los Consejos de S. M. y supremos tribunales, sin que se les castigue, ni prive de oficio, ántes sí son elogiados y aplaudidos de los ignorantes, y aplaudidos como ellos; ¿qué quieren que hagan los sabios oradores (á no ser muy santos), sino tomarse este mismo rum-

bo de honra y provecho, como *Fray Blas*, para pasar su pobre vida?

Si los legos de las religiones, y los zapateros, y sacristanes de los lugares y aldeas, son los que califican y aprueban los sermones, ¿para qué se ha de culpar á los oradores y no á los oyentes? Si nuestros auditorios fuesen como los de Alemania, Italia ó Francia, donde se estudia la retórica con más desvelo que en España, habría más oyentes que pudieran conocer los que eran buenos y malos oradores: pero aquí se ha olvidado la retórica, y hay pocos que la sepan; creciendo la ignorancia, de modo, que se gradúan por mejores, los que no se entienden. ¿Qué quieren que suceda? Por eso digo, que el arbitrio que tomó en Francia el obispo de Nismes, no hace fuerza en nuestra España, para avergonzar á los oidores; porque, como aquí hay pocos, que entiendan de oratoria, se ocasionaría mayor escándalo, pues llamarían *Gerundios* á los buenos predicadores, y *Salomones* á los malos.

Si la ignorancia de muchos españoles se humillase á callar y estar á lo que dicen los que lo entienden; fuera menor daño; pero si se meten á censores los que no saben, ¿qué remedio habrá? Si supieren todos, que los sermones mejores son aquellos de los que sacan cosas mejores, esto es, más ciencia, doctrina, luz y propósitos; ya sería consuelo para los oradores; pero si solo se gusta de los oradores, que no se entienden, ¿qué haremos con satirizar á los oradores? Dirá un ignorante, *¡qué bien ha predicado el padre!* Y si le preguntas, ¿qué ha dicho el predicador, ó ha sacado del sermón? Di-

rá, que no se acuerda, ó que no lo ha percibido. Pues, ¿cómo aplaudes lo que no entiendes ni percibes? Porque esta es la ignorancia de los españoles.

Otros muchos reparos se me ofrecen; pero como los más principales de donde nacen, son los que van propuestos, dejo á tu comprension las consecuencias que pueden producir. Tú eres conocido en España, por tu grande ingenio, por tu aplicacion y estudio, por tu predicacion ferviente, de que aún dura la memoria en Aragon y Navarra, y sentiré que pierdas muchos grados de estimacion y aprecio con esta *Historia*.

Finalmente, quiero advertirte, que la voz comun, y fama pública de toda esta córte, está clamando y diciendo, que no tienes otro asunto, más que tirar á los frailes; y, aunque no lo hayas ejecutado con este fin, nadie está libre de no poder contentar á todos. Con que es forzoso, que te expongas á los sangrientos tiros de los que se declaran lastimados de tu pluma, que son muchos, poderosos y científicos; á los cuales no se ocultan las humanas providencias, ni las enfermedades de que adolece la república. Y así, enterados de tus faltas, y de las mias, nos pueden hacer un gran tiro, si no los tenemos gratos. Siempre nuestros ojos abultan los defectos ajenos, y minoran los propios, aunque estos sean graves, y aquellos leves; por lo cual debemos mirar, que no nos engañen, ó que cuando nos determinemos á herir á otros, nos fabriquemos acaso armas, con que nos abran mucha mayor herida.

Habiendo oido en Alcalá de Henares un sermón predicado á San Félix de Cantalicio, que se nombra

Arcediano de los capuchinos, dieron los religiosos de otra religion, en llamar *asnos* á los legos capuchinos, supóngola confianza religiosa. Ofrecióseles un viaje á dos padres maestros; y caminando con sus mulas arrogantes encontraron á dos pobrecitos frailes franciscos, que apenas podian dar paso de cansados. Preguntáronlos los dichos maestros: ¿*Dónde van los asnos?* Uno de los referidos respondió: *Los asnos van encima de esas mulas*. Considera, amigo, como quedarías tú, metiéndote con Frailes, que se declaran heridos contra tus sátiras; pues apenas hay entre ellos, quien ignore de qué pié cojeas. Ellos estudian mucho, porque como tienen abundantes librerías, sin que les cueste ochavo, se ejercitan continuamente en saber lo que no pueden los clérigos, que se contentan con comprar un *Larraga*, un *Corella*, una *Suma de Machado*, ó de *Torrecilla*, por estar en romance; y con estos libros solos, sin haber visto Biblias en latin, ni concordancias en romance, predicán y citan textos, esperando ser obispo..... Buena vá la danza.

Guárdate de los Frailes, vuelvo á decirte; pues acaso cuando estés más descuidado, experimentarás los rigores de sus quejas, que pueden clamar al Tribunal de la Fé, á la justificacion del Monarca y á la Sede Apostólica. Dios nos libre, que haya junta de comunidades, como lo temo; porque oirás lo que no quieras. Doy que haya algun Fraile de reprension en el punto, que previenes; doite que haya un Fray Blas, que por asegurar un poco de tabaco y chocolate, cometa iguales disparos; pero si se pesan estos excesos con los que otros ejecutan, apenas se pudieran llamar excesos.

Vaya de cuento: Aquel mismo frailecito, que respondió tan agudo á los dos maestros, se vió tan combatido de las nieves en su dilatado viaje, que apenas podia vencer la inclemencia del temporal. Érale forzoso llegar en el día á una villa, que distaba una legua; y teniendo el hermano á temeridad, que saliese de su casa con tan áspera estacion, le instó, el que á lo ménos se pusiese unas polainas por defensa: pero como las instancias fueron tan récias como la necesidad, las admitió, y llegó con ellas á la villa. No es decible el escrúpulo que formó sobre las polainas, pues toda aquella noche no pudo sosegar; y como si se hubiese puesto las polainas sobre la cabeza, se la fatigaron con imponderable peso. Fué por la mañana á la iglesia á buscar un confesor; y hallando á uno, le pidió se dignase de reconciliarle. El confesor le dijo: «Si padre; pero confiéseme V. á mí primero.» Aquí creció el dolor del frailecito, sin que valiesen las imbecencias de su escrúpulo con polainas. Hizo muchos actos de contricion, y se sentó en el confesionario. Comenzó el otro su confesion, diciendo tantos y tan abultados defectos, que asombrado el frailecito, decia interiormente; *¿es posible, que, á vista de esto, hiciese yo escrúpulo de mis polainas?* Proseguia el otro, echando otro golpe mayor de culpas, y repetia el frailecito; *aténgome á mis polainas.* De modo que, á vista de las culpas del otro, se le quitó el escrúpulo. Atiende bien, amigo *Gerundiano*, que puede ser, echen en cara algunos defectos, que digan los Frailes con Fray Blas; *aténgome á mis polainas.* Este, amigo, es el fin del libro primero, en que tratamos de los reparos: Veremos las llagas de tu segundo libro, y aplicaremos á todos los remedios.

DIÁLOGO

ENTRE EL CURA DEL ZÁNGANO Y EL GUARDIAN DE LORIANA, DE LA
MÁS ESTRECHA OBSERVANCIA DE SAN FRANCISCO SOBRE
FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS ALIAS ZOTES.

DEFENSA del Padre ISLA, refutando las impugnaciones
del Carmelita Descalzo FRAY AMADOR DE LA VERDAD,
y Padre de las BARBAS-LARGAS.

CURA. *Benedicite*, Padre Guardian. Dichosos los ojos que vén á V. Reverendísima después del entredicho de 30 dias, que puso mi ausencia á la córte, á nuestras pláticas familiares.

GUARDIAN. Sea V. muy bien venido, señor cura, y Dios le perdone el cuidado, en que me ha tenido, y la falta que me ha hecho, especialmente en estos dias, que estoy reventando por comunicarle algunas cosas, que son de la mayor importancia á la Iglesia católica y á nuestra Religion.

CURA. ¿Qué me dice V. Reverendísima? ¿Son acaso las repetidas victorias, que ha conseguido el Rey de Prusia en los paises de Alemania?

GUARDIAN. Peor que eso.

CURA. ¿Se ha suscitado algún nuevo Heresiarca, ó se ha reproducido alguna de las antiguas herejías,